



LA ROCA DEL URLEY.

Cerca de Saint-Goar y de Oberesel se oscurece el Rhin; despojadas de verde sus riberas, se levantan formando áridas colinas, que ocultan los valles vecinos; sus sombras se dibujan profundamente en el río, ennegreciendo sus aguas. Una roca áspera, escarpada y que parece formada de bastas escamas, se destaca avanzando como una fantasma sobre uno de los recodos del Rhin: tal es la Lurlopersen. En su base se estrellan las ondas espumosas y alborotadas; si el viajero exhala un grito, el eco lo repite quince veces, que parecen otras tantas voces irónicas ó amenazadoras. Bajo un cielo sombrío, cuando el viento silba agitando las ondas, se siente una extraña impresión al oír estas voces vibrantes que parecen salir de las profundidades de la roca. La imaginación de nuestros antepasados no podía dejar sin explicación este fenómeno tan admirable. Refiere la leyenda haber sido habitada esta roca por una bella joven; al aproximarse la noche, durante las tempestades, sentábase sobre la roca, adornada de ricas vestiduras; y uniéndose á los rumores de la tempestad y de las aguas cantos maravillosos, atraía á los imprudentes al abismo, en donde les esperaba la muerte.

Quién era esta implacable sirena? unos dicen que una ondina: otros que la hija de un conde maldecida por su madre.

Refiérense otras muchas apariciones semejantes en las montañas del Norte, en donde cada roca posee una leyenda.

Cerca de Annaberg, en la Misnia, se eleva ante la población una alta montaña llamada el *Piel-Berg*. Al mediodía, hora en que no es costumbre pasear por tales sitios, aparece una hermosa joven, suntuosamente vestida, y con una magnífica cabellera rubia que cubre su talle.

En el Schlossberg, no lejos de Ordurf, en la Thuringia, se ve á una joven que lleva un manojo de llaves suspendidas de la cintura. Dícese que á la hora del mediodía desciende de la montaña, y dirigiéndose á

la fuente de *Härting*, situada en el fondo del valle, se baña en ella, remontándose después á la cima del Schlossberg.

Cerca de Eisenach, en el centro de una caverna abierta en el flanco de las rocas, aparece algunas veces una joven, que no podrá recobrar la libertad hasta que alguna persona, al oír tres estornudos, grite tres veces «Dios os bendiga!»

Sobre el Harz, cerca de Zarg, aldea del territorio de Braun-Schweig, en un punto de Staufenberg, en donde antiguamente existió un fuerte castillo, se muestra la huella de un pie humano: dícese que es de la hija del antiguo señor del castillo, que estampó tal huella en aquel sitio solitario, en donde la agradaba detenerse: se encuentra bajo el poder de un encanto, y se aparece todavía de tiempo en tiempo con sus cabellos rubios y rizados.

Así es que los pueblos del Norte están llenos de estas quimeras: la edad media no ha hecho mas que continuar las tradiciones de la antigüedad. La razón ha disipado estas figuras fantásticas, como la luz disipa las sombras: tales fantasías pertenecen á la ciencia de hacernos volver á las nobles sorpresas que hemos perdido, con las emociones poéticas. Ellas contribuyeron á engrandecer con el poder del hombre su admiración á Dios.

## ISLAS DE FERNANDO PÓO Y ANNOBON.

### ARTICULO SEGUNDO.

Con acuerdo de D. José Varela, el conde de Argelejo había determinado formar el establecimiento general en Fernando Póo, por las ventajas que ofrecía para el tráfico de la costa fronteriza; y por lo que respecta

21 DE MARZO DE 1832.



á Annobon habia pensado guarnecerla con 20 ó 25 hombres que le parecían suficientes para la subordinación de los habitantes en tiempo de paz, no tratando de hacer otra cosa por ser isla pequeña, de terreno árido, sin puerto ni abrigo. Reconocido el terreno del puerto de San Carlos, se trató de hacer el establecimiento sobre la punta del N. E., donde habia un riachuelo, buena playa de arena, y abrigo para lanchas y botes, y se aprontaron las tiendas de campaña y útiles necesarios para el trabajo, como hachas, picos, palas etc.; pero luego mudó de dictamen el conde, previniendo que no se procediese á la descarga hasta haber tomado posesion de la isla.

La entrega se verificó el día 24 por la mañana, bajando los dos comisarios á tierra con tropa portuguesa y española, y el conde de Argelejo proclamó entonces por soberano de la isla al rey de España, arbolando su bandera, que se saludó; pero en dicha isla habia seis ó siete mil personas, que gozaban de una entera libertad, sin haber reconocido nunca por soberano al rey de Portugal, y abandonaron el puerto desde el día que la expedición entró en él; el conde de Argelejo se contentó con tomar posesion de los campos y de los árboles, sin preguntar por los montaraces súbditos de S. M. Fidelísima, á pesar de haberle dicho Varela que no admitiese la entrega interin que el señor Castro no redujese á los habitantes á recibir la dominación española; y vuelto á bordo avisó á Varela que la isla quedaba por el rey nuestro señor, y que en este concepto podían hacer derrota á Annobon cuando le pareciese conveniente, declarándole al mismo tiempo que se creía obligado á desistir del empeño de establecerse en el puerto de San Carlos, porque estando cubierto el terreno de un bosque impenetrable, se necesitaba para desmontarlo gente que no tenia; pues de los 100 hombres que venian á su cargo habia 55 enfermos y 22 convalecientes; porque la punta del N. E., que por su situacion parecia la mas á propósito, era pantanosa y húmeda, de suerte que antes de ponerse á cubierto, era de temer que enfermasen los albañiles y gente que aun no habia sufrido las fiebres, en cuyo caso se verian espuestos á insultos de parte de los habitantes de la isla; y por último, porque el comisario portugués se ofrecia á entregar en Annobon con la obediencia del pueblo los edificios necesarios para almacen de pólvora y pertrechos, cuartel y hospital.

Pareciendo sólidas estas razones á D. José Varela, determinó seguir su derrota. En la tarde del 24 de octubre fué á bordo un oficial del ejército con un negrito de catorce á quince años, que se prestó á seguirle, despues que se le dieron todas las seguridades necesarias de dejarle en el mismo sitio para que se incorporase con una tropa de hombres y mugeres que desde lejos espiaha el trabajo de la marinería. Agasajaronle mucho, y el conde le regaló varios objetos de quincalla, entre ellos seis cuchillos flamencos y un paquete de anzuelos, que recibió con gusto extraordinario. Era muy atezado, bien fornido y de mediana estatura; estaba vestido con un tapa-rabo de hojas de árboles que le llegaba hasta el muslo, y en la cabeza llevaba una peluca de lana negra, y sobre ella un canastillo de cañas trabajado con primor. Los negros del puerto y algunos esclavos de la costa que estaban á bordo, no entendieron su lenguaje. Pusieronle delante algunas banderas de varias naciones, y de ellas solo conoció la francesa y la inglesa, manifestando suma alegría al ver esta última, y haciendo un desprecio notable de las demás, sin exceptuar la portuguesa, que le enseñaron en la fragata *Nuestra Señora de Gracia*: tal era la idea de S. M. Fidelísima que tenían los habitantes de Póo. Restituido el negro al paraje en que se habia embarcado, corrió precipitadamente al bosque, sin hacer caso de las señales de amistad con que le despedia el oficial y gente de la tripulación.

Al día siguiente por la tarde salieron del puerto de San Carlos, con una brisa de tierra que fué calmando á medida que se separaban de la costa. Hasta el 29 no perdieron de vista las tierras altas de Fernando Póo; y el día 30 se descubrió la parte septentrional del Príncipe, al O., distante 12 leguas. El 3 de noviembre a vistaron al mismo rumbo la isla de San Tomé, y de acuerdo con el comisionado portugués entraron en el puerto, á fin de surtirse de los víveres necesarios para su regreso á España, y de algunas dietas para los enfermos de la *Soledad*, que entonces ascendian á 70. Hecho el embarque, se pusieron luego en derrota para Annobon, donde habian de encontrar graves dificultades para reducir la isla. El viaje no fué feliz. El 14 murió el brigadier conde de Argelejo, y á los dos días avisó esta noticia D. José Varela al teniente coronel de artillería D. Joaquín Primo de Rivera, que se hallaba en la *Soledad*, previniéndole que se hiciese reconocer por jefe principal de la expedición. Tuvieron luego una horrosa tempestad de relámpagos, rayos y truenos, con tal oscuridad que no se veian las embarcaciones, lo cual los ponía á gran riesgo de abordarse, porque á cada instante cambiaba el viento, y era preciso virar de bordo. Al cabo de una hora vieron la fragata *Nuestra Señora de Gracia* desarbolada del mastelero mayor. D. José Varela mandó entonces echar el bote al agua, y envió un oficial á la fragata del señor Castro, para que le ofreciese de su parte cuantos socorros pudiese darle. Lo agradeció este caballero, y le envió á decir que durante la tormenta le habian caído dos rayos: uno á popa que habia lasti-

mado el brazo al centinela, y otro que habia hecho astillas el mastelero mayor, pero sin causar el menor daño á los gavieros, que los dos estaban en la cofa. Pusieronse pues á la capa, dando lugar á que el comandante portugués asegurase el palo mayor y arbolase despues del mastelero de respeto, y siguieron el viaje con buen tiempo y sin otra avería.

El día 26 á las cinco y media de la tarde llegaron á Annobon, dando fondo en la ensenada que estaba á la banda del Norte, como á media milla de la poblacion de Pareá, que es la principal de la isla. Al día siguiente arreglaron los dos comisarios algunos puntos relativos á la entrega, y para que esta se hiciese quieta y pacíficamente, previno el señor Castro por uno de sus oficiales á D. José Varela, que tomase las providencias necesarias para que por medio de sus súbditos no llegasen á penetrar los isleños el objeto del viaje; y aunque esta proposicion pareció á Varela poco digna de parte de un sugeto que estaba autorizado para transmitirle los derechos y posesiones de su gobierno, tomó sin embargo el partido; ocultó el asunto, á los negros que fueron á su bordo les regaló vino, aguardiente y tabaco del Brasil para ganar su confianza, y envió al que hacia de *Capitan Mor* una pieza de cotonia de la India, y una abundante provision de licores de Europa. El día 28 por la mañana bajaron los comisarios á tierra con una escolta portuguesa y un lucido acompañamiento de oficiales de marina y del ejército de ambas naciones. Al tiempo de entrar en el pueblo se les presentó el capitan Mor y los condujo á la iglesia, en cuyas inmediaciones habia una multitud de mugeres que formaban la mas extraña perspectiva. Estaban todas de rodillas con guirnaldas de hojas de árboles en las cabezas, y con cruces y rosarios en las manos, en señal de que profesaban el Cristianismo.

Entraron los comisarios en la iglesia, y despues de haber dicho misa con las solemnidades y decencia posible uno de los capellanes de la fragata, llamó el señor Castro al capitan Mor y al sacristan, que era uno de los personajes de mas consideracion de la isla, y les mandó que convocasen al pueblo para intimarle las órdenes de S. M. Fidelísima. Juntos los habitantes de Annobon en una plazuela próxima á la iglesia, les habló en estos términos: «Informados el rey y la reina nuestros señores y soberanos de que los ingleses quieren venir á tomar esta isla, y no pudiendo defenderla por tener otras tierras de que cuidar, han resuelto cederla con todos sus derechos y dominios al rey de España, y así le debeis pura fidelidad y obediencia, como nosotros lo ejecutamos.» Puso entonces la mano sobre los Santos Evangelios que tenia abiertos un capellan, é instó á D. Joaquín Primo y á los demás españoles para que hiciesen lo mismo.

El capitan Mor y el sacristan estuvieron un rato suspensos, y empuñándose el señor Castro en que prestasen el juramento, dijeron que no tenian noticia del rey de España, pues nunca habian oído hablar de semejante príncipe. Respondió el señor Castro que el rey de España y el de Portugal eran hermanos, y á fin de que lo creyesen, les aseguró que siendo vasallos del primero tendrian que comer y que vestir, y el capitan Mor seguiría en su empleo, con la circunstancia de que despues de su muerte se elegiría otro habitante de la isla para que le sucediese. Nada logró con tan lisonjeras promesas, insistiendo el capitan Mor y el sacristan en que no conocian al rey de España, en que la isla era pequeña y estéril, y que si la ocupaban los blancos, quedarían ellos esclavos, á lo cual no podían asentir aunque les cortasen las cabezas. D. Luis Cayetano de Castro les ofreció una y mil veces que serian libres con los españoles; pero viéndolos tenaces en su resolucion, corrido y consternado volvió á entrar en la iglesia, donde iba á celebrar otra misa el capellan de la fragata *Santa Catalina*. Sin embargo, no se desistió en las diligencias para la reduccion de la isla, como verá el que tuviere la paciencia de seguirnos en el artículo siguiente.

E. F. DE NAVARRETE.

## LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

¡Feliz tú, amante no experimentado, es decir, aun no engañado ni vendido: estate quieto y no te apresures! ¡Feliz tú si siempre fueras inesperto! Pero, amigo, no será así, porque la experiencia es muy necesaria sin duda á los hombres, y no te ha de querer tan mal á quien tú quieras bien, que engañándote y vendiéndote no te regale esa cosa tan necesaria. Especialmente, ¡oh tú, amante á quien me dirijo, si eres hombre pierde cuidado, que á cargo de las mugeres queda el colmarle del precioso don de la experiencia! Ellas te harán probar los encantos de su inocente falsedad, las delicias de su infantil ligereza, la suavidad de su cándida y amable hipocresía, y los gozos de su pueril malicia. Ellas te enseñarán las reglas de su buena fé, y te acos-



tumbrarán poco á poco á la inseguridad de sus palabras, que no son de caballero, como tú podías acaso pretender, contra la voluntad de Dios, que ha hecho á los hombres para caballeros, y á las mugeres para mugeres; ellas barán contigo, en fin, una porcion de cosas que no estan escritas, y con esto, amado amante, te hallarás tan experimentado, que no podrás, gracias á tu experiencia, volver á los pasados momentos de inesperienza y de felicidad.

Pero dejemos esto y volvamos á nuestro cuento, que me interesa mas que todo.

Despues de haber suspirado profundamente siguió diciéndo Rafael.

—Me amaba Inés, y su tia me queria mucho y se divertia oyéndome hablar. En su casa pasaba yo las noches, cuando no iban á otras sociedades ó al teatro. Estas últimas íbamos tambien al teatro Luisa y yo. Las otras noches andaba yo por ahí de salon en salon detrás de Inés, y la pobre Luisa se quedaba en casa; porque para presentarla en sociedad aguardaba yo á tener coche, y una casa donde pudiera mi hermana recibir las aristocráticas visitas de mis amables amigos. Esta fué mi vida durante algun tiempo; pero no duró mucho, porque empezó á hacerse sentir la necesidad de dinero, y entonces fué cuando traté de veras de hacer algo; pero yo con mi carácter orgulloso á nadie dije mi verdadera posicion, y eran además mis pretensiones algo elevadas para que pudiera conseguir pronto lo que deseaba. En esto cayó gravemente enferma mi hermana, y crecieron mis apuros de manera que me vi precisado á vender todas nuestras alhajas, que valian bien poco, á los quince dias de su enfermedad, porque se habia ya concluido nuestro dinero. La enfermedad hacia cada dia nuevos progresos, y como yo no perdonaba gasto ninguno, bien pronto vi que nos íbamos á ver otra vez sin un cuarto. Creo que no necesito decirle á V. los dolores que entonces pasé, y los arrebatos de desesperacion que bajo mil formas me acometieron. Yo fui entonces un loco, y en vez de acudir á alguno de mis amigos, que acaso hubiera partido conmigo su caudal, cegado por mi orgullo, me decidí á todo, antes que pedir á nadie un ochavo.

Desde un principio habia dicho á todos mis amigos que no fueran á mi casa, hasta que tomara una en que mi habitacion estuviera absolutamente independiente de la de mi hermana; por consiguiente durante la enfermedad de Luisa nadie fué á vernos, y yo estaba enteramente separado de todo el mundo, menos de Inés, á quien solia ver alguna que otra noche. En fin, aun no estaba Luisa en estado de levantarse de la cama, cuando se nos acabó el dinero; entonces lo primero que se me ocurrió fué vender casi toda nuestra ropa. Yo me quedé con esta levita que tengo puesta, y mi hermana con dos vestidillos miserables. A mí ya se me habia acostumbrado el corazon á penas, y por consiguiente, aunque nuestro estado no podia ser peor, tenia la energia suficiente para esperar que se mejoraria, aunque sin saber á punto fijo cómo. Mi hermana se puso por fin buena; pero á este tiempo iba en horrible decadencia nuestro pobre bolsillo, en el que se encerraban nueve onzas. Fuese disminuyendo este caudal, hasta que llegó un dia en que pagada la casa, pesaba nuestra fortuna, sin contar con la preciosa bolsita en que estaba metida, entre una onza de oro, y ocho de plata, las mismas nueve onzas que antes, pero con alguna diferencia en su valor. Yo no habia dejado de tener voluntad de dar algunos pasos; pero como cuando vendí la ropa no habia vendido con ella los lujosos atavíos de mi alma, que entonces era mas orgullosa que nunca, sentia una invencible repugnancia á presentarme mal vestido, porque esta levita era lo peor de mi baul, y esto me hacia casi hasta huir de mis amigos, entre los cuales los que podian servirme que no eran muy íntimos, tenian mucho en que pensar para acordarse de mí, á menos que yo mismo no les obligara á ello, siendo acaso importuno. Al fin, ni yo era grande amigo de nadie, ni nadie era grande amigo mio.

Tanto me ataba la pobreza de mi equipaje, que apenas veia á Inés, con quien me disculpaba como mejor podia, alguna noche que, haciendo un grande esfuerzo sobre mí mismo, iba á su casa. Ella padecia con esto muchísimo, pero yo padecia mucho mas.

Al fin para acabar pronto, un dia que Luisa y yo estuvimos hablando largo rato acerca de nuestra posicion, viendo que si estábamos así sin hacer nada, no solo se nos iba á acabar el dinero, sino que íbamos á endeudarnos en la casa en que vivíamos, que nos costaba mucho, determinamos buscar una casa en un barrio cualquiera que fuera malo, con lo que conseguiríamos no vivir en Madrid, hasta que la suerte mejorara, y vivir muy barato, y cuanto mas barato mejor, porque no teníamos mas que veinticuatro duros, y esta era toda nuestra vida. Entonces yo, que he adquirido cierto valor con tan repetidas desgracias, busqué casa, y encontré esta, donde segun mi ajuste podemos vivir sin temor de deudas, á las que temo yo mas que á la muerte y mas que al diablo, unos tres meses. Antes de venirnos á vivir aquí, me despedí de Inés y de su tia, diciendo que asuntos de familia me llevaban á mi pais por una temporada. Aquella noche ha sido una de las mas felices de mi vida, al mismo tiempo que de las mas penosas. Llena de pesadumbre Inés, y ansiosa de despedirme sin

la fria y atormentadora indiferencia que delante de su tia tenia que fingir, halló medio sin que nadie lo notara de darme un billete, y en él una cita para aquella misma noche. Nos despedimos los dos tiernísimamente, y jurándonos una y mil veces un eterno amor.

¡Desgraciado de mí, que acaso tendré que renunciar á él para siempre!

Calló Rafael, y encendiendo un cigarro, se puso á fumar aparentando mucha tranquilidad y sangre fria. D. Ramon, con una sonrisa entre áspera y cariñosa, dijo entonces:

—¡Cuidado, amiguito mio, si ha hecho V. disparates y tonterias! Si no viera en V. una porcion de cosas que me prueban lo contrario, creeria que era un loco rematado. ¿Y dígame V., á qué ha venido esa despedida y ese viaje supuesto?

—Eso lo he hecho, respondió Rafael, porque no he hallado otro medio de ocultar mi verdadero estado. Ahora pienso estarme encerrando en casa hasta ver si la suerte se enmienda.

—¿Y hace V. ánimo ahora tambien de aguardar á que la suerte venga, sin llamarla tan siquiera?

—No señor, estoy ya corregido; ahora voy á trabajar, voy á traducir del inglés algunas obras, y me parece imposible, segun el mérito que ellas tienen, que no me produzcan lo suficiente para salir poco á poco de aquí, y una vez que me vea fuera, cosas he aprendido que no se me olvidarán, y que me servirán de mucho.

—Hágalo Dios, dijo D. Ramon; y en estas y otras palabras estuvieron largo rato entretenidos, hablando de los sucesos que habia contado Rafael, hasta que cada uno se fué á su cuarto, D. Ramon á dormir, y los dos hermanos á padecer, despiertos; ó á soñar padecimientos, dormidos, que es casi lo mismo.

## VI.

Por quien soy te juro, amado lector, que nunca me hubiera podido entrar en la cabeza que pudiese existir un hombre tan desatinado como Rafael. En el simple modo de contar su historia se echa de ver, sin mas exámen, que es el tal jóven un belitre cabeza de chorlito, con menos sesos que un grillo.

Por quien yo siento todas estas cosas es por su pobre hermana, aunque tambien tiene su parte de culpa, por haber confiado en las locas palabras de su hermano. Pero por mas que lo sienta, no dejo de conocer que los dos tienen bien merecida su suerte.

¿Qué plan de vida tenían estos muchachos? ¿En qué pensaban?

Ni tenían plan de vida, ni pensaban en nada sino en imposibles.

¿Y habrá un solo hombre sensato que no condene esta conducta, y que no se alegre de ver el escarmiento que como consecuencia inmediata trae? No, hombres sensatos, no; no os separeis ni por un momento de vuestra sensatez, que tanto valdria simpatizar con estos desgraciados. Nosotros, los hombres sensatos, antes de tener lástima á un infeliz, debemos discurrir así:

Hay dos géneros de desgracia, una voluntaria, por decirlo así, y otra forzosa: aunque los desgraciados de ambos géneros padecen las mismas penas y los mismos dolores, sin embargo, hay que tener gran cuenta con el origen de su desventura. Si el desgraciado tiene la culpa de su desgracia, está en el caso de la desgracia voluntaria, y entonces allá se las haya con sus tormentos, que bien merecidos los tiene. Si está en el caso de la desgracia forzosa, ó por mejor decir, inevitable; porque la desgracia fuerza tanto á unos como á otros desgraciados, sin que haya ejemplo de que nadie se haya dejado poseer por ella, sino cediendo á una bestial violencia; si está en el caso de la desgracia inevitable, entonces es otra cosa; ya podemos interesarnos por él, con sensatez.

Así es que en el caso, y vaya un ejemplo, de un pobre baldado que pida limosna, el hombre sin cálculo le dará acaso guiado por su corazon, y sin exámen, si es muy generoso, cuatro ó seis cuartos; pero el hombre sensato, para darle limosna procurará primero saber el origen de la desgracia de este pobre impedido. Por lo pronto ya sabe que está baldado, y que no hay baldado que le gane en cuanto á padecer. Pero no se contentará con esto y averiguará:

1.º Si este hombre tenia ó no precision de salir de su casa en el dia y á la hora en que corria el viento que causó su enfermedad.

2.º Si la causa porque salió fué causa admisible ó no.

Si este pobre, pues, salió de su casa á trabajar, pero pudo no haber salido, ya el hombre sensato puede tener menos lástima de él, porque hasta cierto punto tiene la culpa de su desgracia; pero si la causa que le sacó de casa no fué el trabajo, sino una mala causa, como por ejemplo el juego ó cosa así, en este caso el pobre, lejos de merecer limosna, no merece sino la indignacion del hombre sensato. Si despues de este exámen resulta por el contrario que la desgracia del baldado ha sido inevitable, entonces el hombre sensato, es verdad que ha gastado algun tiempo en sus investigaciones, pero tambien en cambio, si el otro le daba al pobre cuatro ó seis cuartos, él le da seis ó siete.



Y volviendo ahora á Rafael y á Luisa, ¿quién ha tenido la culpa de sus desgracias sino ellos mismos? Pues qué ¿me quieren decir á mí que no hubieran podido ser felices si ellos se hubieran arreglado? ¿No habían llegado á Madrid con catorce ó quince mil reales? Pues con esto podían haber vivido lo menos dos años, y en este tiempo haber trabajado uno y otro, que es bien seguro que no hubieran dejado de hallar en qué.

Y para probar que podían haber vivido dos años, voy á echarles yo la cuenta, y veremos si tengo ó no razón.

En primer lugar, quito de sus gastos la enfermedad de Luisa, porque estoy seguro de que no la hubiera tenido si hubiera hecho una vida menos regalada y poltrona, y en seguida paso á decir lo que debieron hacer y cómo debieron vivir.

Así que llegaron debieron alquilar un cuartito amueblado, que como ellos hubieran traído sus camas correspondientes, les hubiera costado echando por largo, seis reales: bueno. Esto ya arreglado, echando siempre por largo, yo les sacaré la cuenta diaria, y sabremos lo que les hubiera costado su manutención.

Empezaré por el desayuno y se le dará de chocolate, que es al que estarían acostumbrados. En esto no quiero yo que sufran privación ninguna. Yo quiero que tomen su chocolate correspondiente, si no tan bueno como el que hasta allí habían tomado, por lo menos arreglado á su posición, que no era ya la de antes. Pues bueno; en este supuesto, dos onzas de chocolate á ocho reales libra, importan un real.

Pero mejor será poner aquí la cuenta diaria, como ellos debieron haberla arreglado.

#### Cuartos.

Chocolate. . . . .	8 ½
Bollos. . . . .	4
Pan. . . . .	12
Carne. . . . .	23 ½
Tocino. . . . .	8 ½
Garbanzos. . . . .	3
Verdura. . . . .	2
Huevos. . . . .	3
Aceite. . . . .	10
Velas. . . . .	2
Postres. . . . .	4
Para especias, sal y otros gastos. . .	3

Suma. . . . . 87 ½

Importa todo ochenta y siete cuartos y medio, que hacen diez reales y dos cuartos y medio, que unidos á los seis reales de cuarto, hacen diez y seis reales y dos cuartos y medio todos los días, que yo quiero que importen al mes, por el pico de los dos cuartos y medio, que bien podría economizarse, quinientos reales justos.

Hé aquí demostrado matemáticamente, y cuidado que en las matemáticas no cabe engaño, hé aquí demostrado que pudieran haber vivido Rafael y Luisa el tiempo que yo he dicho, aun cuando no hubieran ganado un cuarto, cosa imposible si ellos hubieran trabajado como debían haberlo hecho.

Ellos probablemente hubieran respondido á estos sanos consejos míos, que no habían nacido para esta vida miserable. Pero yo les hubiera contestado, que nadie ha nacido para nada sino para vivir, y que el vivir se consigue comiendo, y que el comer es por sí una necesidad tan grosera, que ni la pueden ennoblecer los mas regalados manjares de los reyes, ni la pueden humillar los deslavados potajes de los pobres.

Ellos me hubieran replicado, que dejando aparte la comida, ellos habían nacido para gozar de otras satisfacciones, en una palabra, para hacer otro papel en el mundo. Y yo les hubiera vuelto á contestar, que esos papeles vienen ya repartidos, yo no sé por qué primer galán, á este teatro del mundo, y que puesto que á ellos por lo visto no les había tocado buen papel, no tenían otro remedio que seguir representando el que tenían, porque la comedia estaba ya empezada, y el director ese de escena, no se curaba del gusto ó disgusto de los representantes, sino de que siguiera la función.

Ellos entonces, jóvenes, llenos de deseos, de esperanzas, de ambición, considerándose y siendo en efecto capaces de desempeñar el papel que apetecían, mejor que el que les habían dado, ó no me hubieran creído, y entonces de cien veces noventa y nueve les sucede lo que ahora, ó me hubieran creído, y entonces viendo cara á cara la verdad, hubieran empezado por quejarse del director de escena, y después de mil pasos que hay para llegar á esto último, me hubieran pedido una sogá para ahorcarse, y yo se la hubiera dado, y ellos hubieran hecho lo que hubieran querido, aunque yo creo que habiendo tenido la fortuna de olvidarse nada mas que un momento de estas verdades secas, no hubieran hecho nada en contra de sus almas.

Por supuesto que todas estas cosas no vienen aquí á pelo, y mucho

menos cuando yo sé ya todo lo que les sucedió de aquí en adelante á Rafael y á Luisa; pero á mí entender la moral siempre viene á pelo, de donde yo saco en consecuencia que la inmoralidad, su contraria, por ser en todo de ella diferente, ha de montar en silla, y no muy dura. Pero fuera de broma, y dejando aparte estos juguetes de palabras, que no son mas que despropósitos, yo creo que el que escribe, donde quiera que le venga bien, debe sin detenerse arrojar todo lo que de bueno se le ocurra concerniente á la buena moral; porque, y vaya otra digresión, hay tambien moral mala, que es peor si puede ser que la inmoralidad, y tanto menos evitada cuanto menos conocida. Lo bueno por supuesto que en todo tiempo es bueno, y á la moral buena le sucede lo mismo.

Hay sin embargo un codiguiño de recetas para hacer ó no hacer, decir ó no decir una porción de cosas, y á estas recetas quieren llamarlas moral, y á esta moral quiero yo llamarla moral vieja, y quiero tenerla tanta rabia, que se la tengo y no me falta mas que ayuda para echarla á puntapiés á los infiernos, con todos los empíricos menguados, que armados de su recetario andan por ahí molestando y aullando, y no mordiendo á todo el mundo, porque para el valor no hay receta, y ellos no tienen corazon para hacerle. ¿Y si no tienen corazon, quién inspira á esa gente las buenas acciones? Nadie se las inspira, y por eso no las ejecutan; y si no obran mal, que es la única bondad que en ellos tal vez se encuentra, á la debilidad de su miserable organización se lo debemos: el miedo solo, no la virtud, los contiene, los embaraza y los sujeta. Su cabeza calculista les inspira en cambio infinidad de buenas palabras; pero estas palabras salen de su cabeza heladas, porque su cabeza, privada del amoroso calor del corazon, no es mas que una sucia cobertera de un vaso tan sucio como ella, no es mas que el remate de un mueble cualquiera, el remate de una estufa sin fuego.

Las estufas sin fuego, los órganos sin aire, los hombres sin corazon, y otra porción de muebles por este estilo, á los que falta lo que esencialmente les hace servir de algo, son los mas inútiles de todos. Yo, teniendo frio, daría la mas rica estufa sin fuego, por unos guantes de lana; daría el mejor órgano del mundo sin fuelles, por un pito; y daría treinta hombres sin corazon, por cada perro de estos que hay cariñositos y tratables.

Si todo esto que voy diciendo pareciere inoportuno, incoherente y desatinado, quisiera que los lectores me lo perdonasen; y para interesarlos á mí favor quiero decirles yo mismo que por todo lo demás soy un buen muchacho, y que bien sabe Dios que soy capaz de morirme de sentimiento si dan en ponerme faltas. Ni puede ser de otra manera, porque yo escribo solo por la negra honrilla de ganar gloria; y por ver logrado este devorador deseo que se ha engendrado en el sitio mas caliente de mi alma volcánica, causándome desvelos notables y otros perjuicios, sería capaz de poner cualquier empeño con mis lectores, para que yo les gustase.

Con algunos ya he puesto yo á costa de una porción de pasos que he dado, buenas recomendaciones por medio, y han quedado en servirme.

En cuanto á los que yo no haya podido obligar con mis buenos modos, no puedo hacer otra cosa sino ofrecerme como su mas agradecido ahijado, y decirles que soy capaz, por atraerme su benevolencia, de ser amigo suyo, que no es poco sacrificio, atendiendo á que entre ellos habrá mucho tonto, mucho necio y mucho hombre inaguantable y fastidioso á mas no poder.

Todas estas cosas que parecen insultos, no son mas que purísima broma y ganas que yo tengo de chancearme.

¿Y quien mas afortunado que yo si quisieran ser amigas mías todas mis lectoras? ¡Por ellas si que estoy yo dispuesto á dar mas pasos que por mi gloria! Y puesto que tengo esta proporción, sea testigo todo el mundo á cuyos ojos lleguen estas letras, de como me ofrezco por amigo de todas las mugeres mis contemporáneas, desde los nueve años hasta los noventa inclusive, descontando solo un treinta y tres y medio por ciento, que podré aceptar ó no aceptar, pues para ello me reservo este derecho. No faltará quien no conciba por qué hago el sacrificio de ser el amigo de tanta niña y de tanta vieja: yo echo mis cuentas, y cargaría gratuitamente después de la rebaja que el uso de mi derecho concede, con las viejas, las feas y las niñas que pudieran entrar aun en el ciento; con las viejas para aconsejarme, con las feas para echarlas como perros á mis enemigos, y con las niñas para educarlas de manera que al ser yo viejo, tuviera todavía amigas lindas, que ya que no con amor, suavizaran con cariño la rabia que yo deberé tener de no haberme muerto, si la vida se empeña en divertirse conmigo, haciéndome pasar por todos sus fastidiosos estados. Al fin, háganse amigas mías todas mis contemporáneas, que lo demás corre de mi cuenta.

¡Oh mugeres! yo bien conozco que me ha de perder el demasado amor que os tengo; pero no lo puedo remediar, porque sois la única cosa casi buena que encuentro por acá abajo, y acaso, ¡desgracia lamentable y digna de toda atención! acaso el único lazo que me ata á la vida.

He observado en algunos ratos de ocio en que paso el día, he



observado con bastante disgusto, que todas mis pocas esperanzas de felicidad, tanto las alegres y ligeras, como las concienzudas, graves y profundas, como las de todas clases, cantan y danzan, ó hablan y se pasean por la cabeza ó por el corazón, ó yo no se por dónde, hasta que ya cansadas aduérmense siempre entre faldas, y protegidas y arrulladas y acalladas por una muger. Esto me da á mi muy mala espina, porque mucho me temo que el mejor día del año, en alguno de esos súbitos y ligeros movimientos tan peculiares á la muger, deje caer al suelo, la que las tenga dormidas en su regazo, mis pobres esperanzas y me las estrelle. Quiere decir que cuando esto suceda me desesperaré, y este es un gran trabajo para mí; pero desde ahora hasta entonces, sabed, hermosas mías, que soy vuestro mas atento, fino, reverente, rendido servidor, amigo, esclavo, amante, todo lo que queráis, menos tercero, quitado el cual encargo y algunos otros, me teneis siempre complaciente y á vuestra disposición. Vivo en la calle de... pero será mi mayor placer decírselo de palabra á cualquiera de vosotros que quiera saberlo.

Ahora, disculpado ya de mi inoportunidad, incoherencia, etc., etc., volveremos con gusto á mis reflexiones, que es necesario desengañar-

se, nunca están demás las reflexiones juiciosas para inculcar en los ánimos, sobre todo de los jóvenes, el amor á la vida metódica y arreglada, y el odio al desarreglo y al poco juicio, moralidad que se saca del sucedido de Rafael y Luisa.

Pero á fé que me canso ya de escribir, y voy á dejarlo, porque me parece que no vale esto la pena de estar encerrado, por el bien del género humano, que es lo que yo aquí me propongo, cuando lo mismo le da al género humano que yo le corrija despues, que ahora.

Voy pues á distraerme de mis profundas meditaciones, entregándome á los placeres con que convida esta excelente corte de Madrid, centro de toda diversion inocente, contando entre ellas el divertido liceo artístico y literario, estremo de civilizacion y de buen gobierno, y medio de irse un hombre, viviendo en ella, ó al infierno derecho y desesperado, ó al cielo tambien derecho, si muere con todos los sacramentos y ha llevado con paciencia una porcion de cosas. Corte es esta en fin, que si se quemara... se quemaría, y nada mas.

(Continuará.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.



(Catedral de Sigüenza.)

## INDUSTRIA DE LA CAPITAL.

Hay mentiras afortunadas, que echadas á volar al acaso y tal vez sin la menor intencion de hacerlas valer, arraigan, prenden y fructifican en la mente del vulgo, anulan y contradicen su razon, ofuscan sus sentidos, y se apoderan, en fin, de la pública opinion en términos que no hay ya antorcha posible que la ilumine, ni hecho material que logre desengañarla de su querido error: tal es para el hombre la fuerza de la costumbre y la cómoda inclinacion á pensar lo que le dejaron pensado, á repetir lo que le repitieron, á mirar por los ojos ajenos y á juzgar por la agena razon.

Una de estas vulgaridades añejas, una de estas absurdas paradojas que han hecho fortuna en la mente de nuestro vulgo (y cuenta que para nosotros hay mucho vulgo de guantes pajizos y casaca bien cortada), es la que de tiempo inmemorial se viene repitiendo respecto á la nulidad ó insignificancia industrial de nuestro heroico Madrid; en tér-

minos que al decir de las gentes, la capital de la monarquía española es una poblacion parásita é improductiva, tan estéril como un arenal, tan sin consecuencia en la riqueza pública como una discusion parlamentaria ó como una ley electoral.

Pero, perdonen los que tal aseguran, que dicen un solemne disparate y asientan una estupenda falsedad. Queremos sin embargo concederles que la poblacion matritense no sea muy fuerte, que digamos, en esto de la mecánica ni de la física, ni entienda cosa mayor de tórculos y cilindros, ni alcance á manejar la lanzadera ni el crisol, ni sepa en fin qué cosa sean fuerza motriz, materia primera, hornos de reverbero, bombas hidráulicas ni máquinas de presion; ni conozca, en fin, alguno de los términos de la tecnologia fabril; pero en cambio no podrá negársenos que posee y domina otros medios industriales, otros agentes ó móviles poderosos, que por lo productivos y satisfactorios no les van en zaga á las ruedas, máquinas y demás agentes industriales. Nos explicaremos.

¿Qué cosa es industria?—A ver el Diccionario de la lengua, que no puede engañarse ni engañarnos.—«La maña y destreza para hacer



alguna cosa.»—Luego si probamos que Madrid es un pueblo donde se emplea y gasta mucha maña y mucha destreza para hacer muchas cosas, razon habremos tenido para dar por sentado que la heroica villa es una poblacion eminentemente industrial. Si por consecuencia dedujéramos que esta industria produce pingües fortunas y enormes rendimientos, quedará tambien asentada la importancia de Madrid en la balanza mercantil.—Veamos pues en qué consisten aquellas primeras materias de produccion, en qué se ejercita esta fuerza motriz, á qué especie de producto viene á reducirse esta industria indigena, esta riqueza comercial, que pone á nuestro pueblo al nivel de los mas industriales de Europa.

La fabricacion mas importante en la villa capital, ya se considere como materia primera para aplicaciones sucesivas, ya como producto elaborado y de uso cómodo é inmediato, es la *fabricacion de reputaciones*; fabricacion tan amplia que no solamente sirve al surtido de la corte y sitios reales, sino que estiende su comercio y abastece por lo general todos los mercados del reino. Esta poderosa industria, *explotada* en grande en Madrid, tiene por ricos veneros y por activos talleres la tribuna, la imprenta y la plaza pública.

Además cuenta como poderosos auxiliares, con las tijeras del sastre, el capricho de la moda, el lujo y elegancia de la capital, auxiliares no tan indiferentes que no hayan hecho producir á algun filósofo célebre en esta profunda máxima:—«Lo mas difícil de adquirir en materia de reputacion es un vestido nuevo.»—Todos estos y otros medios poderosos, aplicados á la fabricacion de reputaciones, han recibido con las luces del siglo una extension prodigiosa, han multiplicado infinitamente sus elementos de accion, y hecho aplicaciones de procedimientos absolutamente nuevos y desconocidos á nuestros cándidos mayores en tiempos ominosos, ignorantes y semibárbaros, en que no se habian inventado aun la prensa periódica y las arengas tribunicias; las publicaciones á real la entrega, y las academias á duro al mes; las cerillas fosfóricas, ni el alumbrado de gas; ni otros muchos descubrimientos de este siglo creador, aplicados despues por la mecánica intelectual á la fábrica de reputaciones patrióticas, heroicas, científicas, literarias, en prosa y en verso, lumíneas, fosfóricas, eléctricas, vaporosas y pirotécnicas.

En aquellos tiempos menguados de que íbamos hablando, para hacerse un cristiano con su poco de reputacion de surtido, preciso le era sudar la gota tan gorda para averiguar primero los sitios en que se despachaba de tapadillo y con receta, por tal cual aficionado ó empirico vergonzante (la fabricacion todavia no estaba autorizada legalmente), el cual sitio solia ser la sucia celda de algun padre grave, ó el aseado euarto de alguna vieja camarista; la sala de juntas de tal cual piadosa cofradía, ó la modesta tertulia de algun ex-consejero de la ex-hacienda; y luego que nuestro neófito en la corte hallaba entrada en aquellos benéficos laboratorios, en aquellos santuarios de la fama, si queria iniciarse en sus misterios, participar de sus dones y labrarse á gran costa su poquito de opinion, forzoso le era asentar su nombre y contribuir con sus servicios y sus limosnas á las necesidades del convento ó de la cofradía, acompañar á sus devociones á la camarista pergamínosa, ó hacer la partida de tresillo al consejero secular; y ¡quien sabe si alguna hermana flambre de aquella, ó alguna sobrina trasnochada de este, no le reservaba con su blanca ó negra mano, y por via de arras matrimoniales, una reputacion completa, intacta y dispuesta á servir al portador! Esto y mas solia obtener la medianía perseverante, el continente modesto, el lenguaje meliflúo y lisonjero, y cierta flexibilidad elástica en la espina dorsal. Pero una vez llegando á adquirir nuestro hombre su correspondiente titulo de *mozo de provecho*, espedito por aquellas cancellerías, ya era apto para empuñar una vara, ó para regentar una cátedra, para lucir un baston de intendente ó los bordados de la covachuela.

Hoy, bendito Dios, es otra cosa; y la fabricacion de reputaciones se verifica públicamente, sin sujecion á estancos ni monopolios, á puerta abierta, á cielo raso, y sin adminículos de titulos y diplomas. Las innumerables columnas de los periódicos, la tribuna del parlamento, los salones políticos y aristocráticos, las asambleas científicas y literarias, las mesas de los cafés, el escenario de los teatros, las sillas del Prado, las tiendas de la calle de la Montera y los corrillos de la Puerta del Sol; todos estos y otros muchos sitios son otros tantos infatigables y públicos talleres de reputacion á precio y periodo fijo, por años, por meses, por días y hasta por horas, fabricada á la mecánica ó al vapor, regonada á grande orquesta ó con el solo obligado de bombo, confecionada de pacotilla ó de superior calidad, v. g.:

Aparece en cualquiera de nuestras provincias un mancebo despierto y lenguaraz, que despues de haber cursado bien ó mal sus diez años en cualquiera de nuestras mil y una universidades, y aprendido lo que en ellas se aprende, se encuentra á los veinte y cinco con que si ha de utilizar su talle y su despejo en pro de su fortuna, si ha de conquistar con ellos una ventajosa posicion social, tiene, si es jurista, que encerrarse en el estudio práctico de un letrado, que envolverse en el farrago de los alegatos y en las cláusulas estrambóticas del foro; si médi-

co, ha de asistir diariamente á las salas del hospital, á los anfiteatros anatómicos, á la cabecera del moribundo; si pretende juzgar á sus semejantes armado con la vara de la justicia, forzoso le será emprender la larga y dudosa carrera del pretendiente; si aspira á lucir sus conocimientos en la enseñanza, ó desea en fin abrazarse con la santa madre Iglesia, y ocupar un puesto en un capitulo, tiene (segun el antiguo régimen) que *hacer oposicion* á la cátedra ó á la prebenda.—Todo esto es muy largo, difícil y de dudoso éxito para quien ha nacido bien entrado ya este siglo de las luces eléctricas, y para quien siente en su alma el germen de la elevacion y el *instinto gubernamental*. Pero reconociendo que no es bastante el que él lo sienta, sino que es preciso, absolutamente preciso, que así lo reconozcan los demás;—¿qué hace nuestro mancebo?—Coge y se embaula en uno de los carruajes de las diligencias postas generales, y al cabo de algunas horas de tumbos y trasnochos, da fondo en plena calle de Alcalá de nuestra villa capital; y desde la mañana siguiente entabla *al pié de fábrica* el negocio de su reputacion. Para ello empieza por visitar y atraerse la voluntad de sus paisanos y condiscípulos (alguno de los cuales por fuerza ha de ser ministro, ó haberlo sido, ó esperar serlo), introdúcese en las reuniones políticas y cortesanas, asiste diariamente á las discusiones de las cámaras, se hombra y esplica con los personajes históricos en las salas del Ateneo y del Casino, con los literatos en el café del Principe y con los periodistas en sus redacciones; aventura primero en ellas algun suelto ó comunicado para notificar al público su existencia; cultiva luego el folletín ó la gaceta; se sube á mayores y acomete el artículo de fondo; crece en él de día en día, y su reputacion empieza á hacer espuma; hierve por fin y se desborda *haciendo la oposicion*; pero no la oposicion meliflúa y compasada de que antes hablábamos á cátedras y prebendas, sino la oposicion tormentosa, la oposicion gigantesca y osada, *la oposicion al poder*. Y á dos por tres hete aquí á nuestro reciente é ignorado colegial, convertido, como quien nada dice, en una notabilidad política, en un hombre grande, y metamorfoseado en ministro, ó cuando menos menos embajador ó consejero.

Pues quiero que no sea aspirante á empleos, ni estudiante de letras, sino que su inclinacion le llame al positivismo y á la fortuna material. Llovido como de las nubes en medio en medio de la Puerta del Sol,—de esta gran fábrica de reputaciones y de gloria,—sin mas camisa que la puesta, ni mas bolsa que la del prójimo, yo no sé cómo ni á qué precio encuentra quien le administre las primeras dosis de reputacion; pero si que con ellas le vemos de la noche á la mañana

«Estenderse, crecer, tocar las nubes»

y arriesgar en la Bolsa operaciones fabulosas, y contratar con los gobiernos de vecino á vecino, y arrastrar coches, y habitar palacios, y brillar en fin como uno de los astros del mundo *financiero*.

La industria madrileña, la fábrica de famas al portador hace á veces prodigios, y no solamente se ocupa en crear posiciones y en levantar fortunas, sino que hasta se puede decir que da vida, valor y animacion á la misma figura material.—Tal jóven, por ejemplo, que con el modesto traje del campo ó de la aldea pasaba desapercibido en ella, y cuando mas mas atraía las miradas del ama del cura ó de la maestra de niñas, viene á Madrid á pretender acomodo, y gracias á la sabia tijera de Utrilla ó de *Peré* (grandes fabricantes de reputaciones en-corte), gracias á los guantes del *regenerador de la camisa*, gracias á las pomadas de *Miró* ó al peine civilizador de *Reigon*, vemosle salir de sus manos hecho un Apolo de Belvedere; servir á las damas de objeto visual en teatros y paseos, de envidia á los mancebos en el asalto, en el picadero y en el café.—Pues merced á esta brillante aureola, hija legítima de la calle de la Montera, nuestro mozo alcanza á usufructuar la vitalicia prebenda de una vieja marquesa, ó inflama el corazon juvenil de una rica heredera, que acaba por entregarle en posesion su blanca mano y su dorado capital.

Y si el ejemplar recién venido á la villa del oso y del madroño pertenece al sexo que por pura galantería llamamos bello, ¡cuántas bellas oscurecidas en un rincón de Aragon ó de Castilla, cuántas flores ajadas ya y pasadas de moda en las campañas y salones de Andalucía y de Valencia, no vemos renacer ó retoñar de nuevo con mayor esplendor, merced á la fama vocinglera de los infatigables talleres del Salon del Prado, en fuerza de la cooperacion benéfica de *Madame Perrard* de *Monet* y *Armstrong*!—La industria madrileña obró tambien aquel fenómeno, señaló y analizó aquella estrella, descubrió y puso en evidencia aquel tesoro escondido hasta entonces á las márgenes del Ebro ó del Turia, del Eresma ó del Guadalquivir.

El alma, no comprendida en su modesto pueblo, viene tambien á revelarse al pais por medio y con el mágico auxilio de la trompa matritense. Cincuenta *meditaciones* y doscientos *fragmentos* producidos por una tierna lira, no habian logrado llamar la atencion ni fijar las miradas de los indiferentes ó incapaces convecinos de nuestro vate; y su espíritu ideal é hiperbólico estaba reducido á la triste condicion de pensar en las buenas ó malas cosechas, de calcular sobre la venta de



las lanas ó del ganado, de combinar los mecánicos aparatos del taller. Pero llega á Madrid, y recibido incontinenti de literato en cualquiera de nuestros cafés, ó en el vestuario del teatro, brota el raudal de su inagotable vena, é inunda revistas y folletines; traduce comedias, hace la censura de las obras que otros escribieron y el no entendió; y á fuerza de repetir su nombre por las cien bocas de la fama y los cien mil caracteres de la imprenta, logra imponerle á la sociedad como una pesadilla inevitable, monótona, fantástica y perpetua; logra salvar los límites de Madrid y su rastro, volar por los campos y penetrar en las poblaciones, inclusa la apartada y modesta aldea donde vió la luz primera, y que en todo pensaba menos en sospechar que en aquel engendro mezquino y casi ignorado de ella, había hecho á la patria el regalo de un genio mas.

Por este estilo prolongáramos indefinidamente las citas ó indicaciones de los maravillosos *artefactos* de la industria matritense, poderoso zabori que penetrando con certera vista las capas superficiales de la inteligencia humana, descubre los tesoros escondidos bajo un vulgar exterior; fecundo manantial que sabe convertir en campo fructífero y frondoso el arenal estéril; admirable artista que acierta á sacar del barro tosco é inanimado, del tronco de piedra bruta, la estatua colosal y perfecta que nadie adivinó; y maravilloso Proteo que convirtiéndose luego en vehículo de comunicacion instantánea, trasmite y pregona hasta el último confin de la Península sus admirables descubrimientos, sus altísimas elucubraciones, los sorprendentes resultados de su potencia industrial.

¿Y habrá todavía quien niegue á Madrid el rango que le corresponde entre las poblaciones fabriles por excelencia? ¿Habría quien nos pretenda encarecer los productos de la prosaica industria de otros pueblos de España, en competencia con la sublime especialidad que dejamos asignada á la capital? ¿Hablará Barcelona de sus blondas y tejidos, Valencia de sus sedas, Vizcaya de sus hierros, de sus vinos Jerez ó Valdepeñas, de sus paños Tarrasa, de sus armas Toledo, de sus lanas Estremadura, ó de sus productos agrícolas Andalucía, Castilla y Aragon? ¿Pero qué son todos estos frutos perecederos de una industria material, comparados con los inmortales y sublimes de la industria matritense, de la explotación de la fama, y del beneficio del campo de la gloria? ¿Qué son, por ejemplo, una máquina ó un delicado tejido, producidos por la invencion y el trabajo de los hijos de Barcino, al lado de uno de nuestros sabios en corte, políticos y literatos, improvisados al menor giro de la gran máquina de reputaciones de la Puerta del Sol? ¿Qué significa el descubrimiento de un nuevo y argenteo venero, hecho por la perspicacia é inteligencia de un afortunado ingenio, en comparacion del de una notabilidad parlamentaria, del de un nuevo poeta, regalado á nuestra patria por las activas prensas de la capital? Sevilla y Toledo presentarán sus fundiciones y construccion de armas guerreras; Asturias y Vizcaya sus nobles alcuernas y rancieros pergaminos; Salamanca y Sevilla los aprovechados hijos de sus escuelas; Barcelona y Valencia los libros de sus prensas, y los variados productos de sus talleres; á todo puede contestar Madrid con ventajas con la fabricacion indefinida de genios y de hombres grandes para el surtido de todo el reino, de oradores, de literatos, de poetas para todo el resto de los españoles, de héroes y generales para todos los ejércitos de Europa, de títulos y próceres para todos los estados del mundo; y á todos los resúmenes industriales de aquellos pueblos, podrá contestar ufano con el espléndido balance anual de la inmensa fábrica cortesana, ¡con la *Guía de forasteros*!

EL CURIOSO PARLANTE.

## EL ANGEL DE LA MELANCOLIA.

### INTRODUCCION.

Ven á mí, ven á mí, que estoy sediento  
De ver el resplandor de tu belleza,  
De aspirar el aroma de tu aliento,  
De percibir tus himnos de tristeza.

¡Hé aquí mi corazón! ¡Hé aquí mi lira!  
Baja pues como en noche del estío  
Rayo de luna que consuelo inspira,  
Refrigerante lluvia de rocío.

Rico de amor, y con el alma llena  
De misterioso afán y de amargura,  
Anhelo descubrir tu faz serena  
Por encontrar consuelo en su ternura.

¿Dónde, espíritu, estás? ¿Será que en vano  
Te llamarán mi llanto y mis gemidos?

¿Nunca verán tu rostro soberano  
Mis tristes ojos en tiniebla hundidos?

Mas, ¡oh! Ya suena por el ancho cielo

El sonoro murmullo de tus alas...  
Oigo cerca de mí tu blando vuelo...  
Siento el aroma celestial que exhalas...  
Ya distingo tu blanca vestidura  
Entre la roja tinta del ocaso...

EL ÁNGEL.

¿Qué me quiere la voz de la amargura?  
¿Soy yo la dicha del mortal acaso?

¡Oh tú que así me llamas  
en lágrimas deshecho,  
pues mis consuelos amas,  
yo bajaré á tu pecho,  
velado en la luz cádena  
del moribundo sol;

Y enjugaré tu llanto  
de amor y desconsuelo;  
te inspiraré mi canto,  
y huiré cuando en el cielo  
muestre la aurora angélica  
su azul y su arrebol.

Yo tengo entre la sombra  
mi incógnito palacio,  
que tiene por alfombra  
las nubes del espacio,  
donde con voz dulcísima  
habla la soledad.

El duelo y la amargura  
no pasan sus umbrales:  
la paz y la ternura  
lo habitan inmortales,  
vertiendo dulces lágrimas  
de amor y de piedad.

No tienen mis jardines  
vistoso mar de flores,  
ni sueltos colorines,  
ni alegres ruiseñores,  
ni los arroyos límpidos  
murmuran á mis pies.

En ellos solitaria  
nace la sensitiva,  
la dulce pasionaria,  
la tierna siempreviva,  
y como doble símbolo  
la palma y el ciprés.

Allí van los lamentos  
del alma atribulada,  
que sufre en los tormentos  
y espera resignada:  
allí suben las súplicas  
del infeliz mortal;

Y en vez de bulliciosos  
cantares de alegría,  
los ayes amorosos  
que la tristeza envía,  
son la apacible música  
que suena celestial.

Y ya que dirigiste  
á mí tu voz doliente,  
como el lamento triste  
del huérfano inocente,  
yo enjugaré tus lágrimas,  
yo te daré mi amor.

Y en cariñoso empeño  
te velaré de día,  
y arrullaré tu sueño  
cantando al arpa mía  
la gloria de los miseros,  
el triunfo del dolor.

EL ALMA.

¡Oh, sí: ven á mí, ven! Tan solo quiero  
Sentir con fé tu dolorido canto,  
Como divino acorde lastimero,  
Que me viene á inspirar en estro santo.

¡Así tu aliento celestial me inflame  
Para que noble ardiendo el alma mia,  
Por las cuerdas del arpa se derrame  
En undoso torrente de armonía!



Mas, ah! ¿Qué sueño de feliz reposo  
Por mis cansados miembros se difunde?  
¡Brilla á lo lejos horizonte hermoso!  
¡Fuego divino por mis venas cunde!  
Y llegan hasta mí cantos henchidos  
De una vaga esperanza de victoria...  
Mezclados van con llanto y con gemidos...  
¿Serán tal vez los ecos de tu gloria?  
¡Son himnos de dolor y desconsuelo!  
¡Son la voz de los tristes! ¡son su llanto!  
Espíritu de amor, baja del cielo...  
¡Yo tambien á su voz uno mi canto!

Agosto 1831.

ANTONIO ARNAO.

**MADRIGAL.**

No pidas á mi labio balbuciente  
El nombre celestial de la que adora:  
Amor es niño y huye de la gente;  
Derramado el perfume se evapora.  
La flor, del beso de las auras vive,  
La quema el rojo luminar del día;  
De tu aliento mi amor vida recibe;  
Mi aliento es un volcan; lo quemaría.  
Tú con instinto sabio

Hallas del corazon siempre las llaves.  
Deja callar al labio,  
Para saber mi amor harto ya sabes;  
Porque el amor que calla,  
En gritos mil dentro del pecho estalla.

V. BARRANTES.

**MUERTE DE GUILLERMO EL CONQUISTADOR.**

Guillermo I de Inglaterra estuvo frecuentemente en guerra con Felipe I de Francia, envidioso con exceso de un enemigo que poseía á la vez el ducado de Normandía y el cetro de Inglaterra. Cuando Guillermo entró en edad se puso demasiado grueso, y deseando enflaquecer, se sometió á un riguroso plan higiénico que le obligó á hacer cama por algun tiempo. Habiendo llegado esto á oídos de Felipe dijo irónicamente: «El rey de Inglaterra está de parto.» Se le contó esto á Guillermo, quien dijo enfurecido: «Si, y cuando salga á misa, haré que las velas ardan lo bastante para que alumbren toda la Francia.» No bien estuvo en disposicion de montar á caballo cuando entró en el territorio francés destruyendo y devastando cuanto encontraba por delante. Llegó hasta Nantes, á quien puso inmediatamente fuego; pero como cabalgaba por medio de las calles para ver el incendio, herido su caballo por algunos objetos encendidos, principió á botar hasta arrojar al rey con tal violencia que recibió un fuerte golpe con el arzon de la silla, que le obligó á que le llevaran á Rouen, donde murió poco después.



(La pradera.)

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. C. Alhambra, Jacometrezo 26.